

La noción de natura

Manuel B. Trías

Adoptamos una posición filosófica fundados en una intuición primaria que consideramos irrefutable y definitiva. Quien no considere válida tal creencia en la posibilidad de trascender a lo mutable, negará a la vez la posibilidad de filosofar. Ocurre que, tras haber emitido un juicio con plena certeza, experimentamos gran satisfacción al verificar que otros hombres coinciden con nosotros en el objeto de una aseveración. Aunque todos los hombres, de hecho, contradijeran los principios y las conclusiones fundadas a que hemos asentido, no renunciaríamos a éstas. Sin embargo, sería necesario considerar el hecho mencionado: nos alegra que otros hayan tenido impresiones como las nuestras. Esto explica la inclinación que tenemos de hacer *citas*. La mayoría de las citas literarias se deben a que no queremos estar solos. Un amigo, un discípulo, un extraño y lejano pensador han pasado por nuestras mismas experiencias, y su coincidencia añade firmeza a nuestras ya muy firmes convicciones.

1. Se trata aquí de la aseveración, que consideramos absoluta, según la cual hay algo en el ser que llamamos "naturaleza". Es algo irreductible y su negación es un error.

Tratándose de un "principio", carece de demostración. Pero se puede inducir a nuestro interlocutor a alcanzar nuestra misma intuición mediante ciertas "mostraciones", y conquistar así su adhesión con nosotros.

La cita que se nos presenta aquí es la de la gente de la tribu *bwá* de Malí, a las puertas del desierto de Sahara. No se puede decir que estos hombres estén influidos por Aristóteles o por Santo Tomás de Aquino. Otro debe ser el fundamento que tienen para afirmar la "natura" de las cosas.

El testimonio nos llega por expresiones de la misionera argentina radicada allá, quien las pronuncia sin ninguna intención filosófica¹: "Admiten la convivencia siendo cada uno como es", en sus costumbres, por ejemplo, no pretenden que los blancos prueben la comida típica. "Sintetizan esa visión en una frase —dice la hermana Adriana Pertusi—: 'Aunque un tronco de árbol pase cien años en el agua, no va a ser nunca un cocodrilo:'".

¹ V. *La Nación*, Revista, 3 de agosto de 1986, p. 34-37.

No piensan lo mismo nuestros evolucionistas. Pareciera que en éstos, cuando todo lo explican mediante el azar, la adaptación y la supervivencia del más apto, falta la visión de la *unidad* de lo específico. Se niega realidad a la *naturaleza*, entendida como principio determinante de un comportamiento teleológico.

Physis, natura son términos que acaso no tienen equivalente en lenguas indígenas. Pero no es atinado negar que los hombres de un grupo social, puedan pensar algo sólo porque en su idioma no existe la palabra singular correspondiente a esa determinada noción. Cuando no hay en una lengua un vocablo para designar un concepto —el cual, como tal, apunta a su vez a una realidad óptica— el modo de expresión es el circunloquio, el sobreentendido, la referencia alusiva. Sería erróneo inferir que algunas personas no *piensan* como otras solamente porque la lengua de su grupo no registra determinados vocablos. No sólo con vocablos nos entendemos. Mucho se ha fantaseado acerca de una metafísica social, fundándose en la existencia de los vocablos “estar” y “ser” en castellano.

2. ¿Qué fundamentos tenemos para afirmar que existen esas naturas: madera, cocodrilo, agua, carne hueso ...? Esos entes podrían ser, como sostienen los filósofos empiristas, meras construcciones del sujeto cognoscente, “haces de sensaciones” cuya unidad se debe a la simultaneidad y a la yuxtaposición en tiempo y espacio; o sea, la supuesta unidad se debería al azar, y no afectaría al ser trans-subjetivo de *lo que se ve*. La *natura*, o sea la *unidad del todo* que atribuimos al leño y al cocodrilo, sería efecto de una alucinación. Como es evidente para las alucinaciones —que de hecho existen— nada objetivo corresponde a *lo que se ve*; pero se *lo* ve por el alucinado, quien falsamente lo atribuye al ser real.

El fundamento para afirmar la realidad de las naturalezas, por el que hemos preguntado, es también —como en el caso de la alucinación— una aprehensión indemostrable e irreductible. Captamos las naturalezas.

La fuerza del empirismo se halla en que, en efecto, hay ocasiones en que confundimos la simple simultaneidad y la yuxtaposición con las naturalezas. Lo sabe muy bien el labrador constructor de espantapájaros, quienes montan *camouflages*, los cosmetólogos, los falsificadores. Pero es preciso observar que estos engaños no son la regla. Quienes los extrapolan y los consideran universales se engañan.

La mujer barbuda es *mujer*. Sólo por esa naturaleza subyacente es ella una curiosidad y se exhibe en las ferias. Locke y Leibniz conocían el hecho de las mujeres barbudas.

3. Hay una falsa interpretación del accidente que lo asimila al *disfraz*. Se piensa la substancia “materialmente”, o sea como un *soporte sobre el cual se superponen* los accidentes. Estos —en esa interpretación— serían como ropajes, coberturas, añadidos, capas de pintura o pegotes semejantes. De procedencia extrínseca, caerían sobre un núcleo interior como caen las ropas sobre un maniquí, o los revoques de yeso sobre las paredes...

El vivo color naranjado de las naranjas sanas y sabrosas ha sido imitado taimadamente por ciertos distribuidores de frutas. Recubren las naranjas descoloridas con un baño de tintura. Lo hacen, claro está, para engañar a los posibles compradores. Y, sin embargo, tal fraude parece no recibir condena de las autoridades que gobiernan en la sociedad. Se lee en el diario que se admiten esos colorantes químicos; se *autorizan* después de ser analizados en un laboratorio y de haber comprobado que “no son dañosos para la salud de los consumidores”. No son dañosos, tal vez, para la salud corpórea; pero el uso de ellos para engañar ¿no es dañoso? Muchos hemos caído en el engaño.

Excluído el problema moral, este fraude con colorantes tiene por fundamento la convicción metafísica de cualquier hombre de que los accidentes arraigan en la substan-

cia: por el accidente se accede a un trasfondo óptico —la substancia—, se lo juzga y aprecia. El accidente —aquí un color— no se adhiere a *lo que la cosa es* (o sea a su naturaleza) como una substancia pingosa a otra, no se le suma como un estuco, una pintura, un remiendo o una capa.

4. Una prueba vivencial, que todos tenemos, de la existencia de esas naturalezas subyacentes a las cualidades, es el hecho cierto del amor personal. “Mi” amor es, *en esencia*, el mismo que siente cualquiera, y por eso cualquiera podría inferir de su propio amor lo que yo infiero del mío. Pero no cualquiera lo hace, aunque ame, si no reflexiona. No difiero yo de ellos por tener el privilegio o la virtud graciosa y singular de amar mejor o de otro modo. No. No difiero de nadie en eso. En lo que sí me diferencio es, supongo, en la capacidad de análisis. Por esta capacidad puedo *abstraer* lo que está implícito en el acto de amar, que no es exclusivamente mío, sino acto *común* a muchos hombres.

Una de las inferencias ciertas es que lo que se ama primordialmente es un *estrato* no aparente del hombre. A él se llega, es verdad, a través de lo aparente. Lo aparente es *condición*; pero no es el *término*: el punto determinante y final del amor. Término es aquello en que algo termina.

Esto se complica, porque, a veces, ese estrato invisible —sin el cual, como término, nadie amaría— es *puesto* por la imaginación del amante. Dulcinea es una bienaventurada idea platónica.

Esto requeriría mayor desarrollo. Sería falaz concluir que el objeto del amor es ilusorio sólo porque hay casos de gran enamoramiento centrados en un objeto sin existencia real.²

El polo sexual a que se pertenece arraiga en la “naturaleza” de todo ser humano. Como el color de la naranja se puede simular. Pero tras la simulación está la realidad. Medite cada uno si, puesto en el trance de cambiar su inclinación sexual (polarizada hacia uno de los dos sexos), podría, por un acto de su voluntad, hacerlo. Podría ser amenazado de muerte; muchas simulaciones podría efectuar; pero *en el fondo* no conseguiría tener instintos femeninos si *por naturaleza* es varón, o instintos masculinos si es mujer radicalmente. Sería como empeñarse en sentir sabor amargo a la miel o sentir dulzura en un puñado de sal metido en la boca.

5. ¿Qué quedaría de la bellísima ciencia llamada Química si se desvanece de la realidad lo que llamamos *natura*?

En los lindes de una extensión exigua, aparece la *unidad* óptica que denuncia, por ejemplo, un metal precioso o una gema. Tal unidad no se debe a la circunscripta *cantidad*, sino a cierto *corazón* invisible. Ciertamente, es no-visible; tampoco la captan el tacto, ni el oído, ni la lengua. Sin embargo, algo en nosotros, que no es un sentido ni suma de sen-

² Convendría analizar a fondo el hecho real del joven de Bahía Blanca que se enamoró perdidamente de la mucama, la cual resultó ser un varón disfrazado con fines de robo y buscado por la policía. Habría que recordar también la tesis de Etienne Gilson en su obra *L'Ecole des Muses* (Paris, Vrin, 1968). Sería ocasión de analizar amores reales o imaginados por literatos en los cuales el sujeto existente es únicamente un punto material neutro que sostiene al objeto del amor, sin tocarlo. Otra cosa sucedía con el marido de la mujer barbuda exhibida en un circo que pasó por San Juan. La amaba intensamente. Jamás pensó en cambiarla por otra de tez lampiña. El objeto de su amor no eran pelos y colores; existía y era visto en cierto modo, a semejanza del modo de ver al hijo contrahecho que explica el amor de su madre. Era coja una criada y campesina; sin embargo poseía tanta atracción que muchos hombres se enamoraron de ella, y, sobre todo, aquel que sacrificó por ella fortuna, clase social y otros bienes.

ticos, aprehende ese núcleo. A éste atribuimos el poder de irradiar cualidades. Estas cualidades informan acerca de aquel corazón primordial; lo expresan y hacen que no dudemos que, por algo en el seno de algunos entes, el oro es oro; el diamante, diamante; el mercurio, mercurio ...

Nada dice contra la natura el hecho de que el oro tenga sus impostores: el oro falso y el diamante su *Ersatz*. Se dice que en la Unión Soviética se ha producido el "diamante de probeta"³. ¿Por qué se lo llama "diamante"? Sólo por su comportamiento. Como hombres, no tenemos otros medios para conocer las "naturalezas" fuera de los datos accidentales. Si esos accidentes manifiestos fuesen tan lábiles, tan fugaces y mutantes que no los pudiéramos referir a un único centro del que provienen, no pensaríamos en este núcleo al que llamamos "natura". Un chisporroteo caótico de accidentes no nos conduciría a una causa común de ellos. Pero nos induce a pasar de lo visible a la causa invisible un cierto *instante de quietud*, en el cual la fluidez de accidentes se detiene. Nos referimos entonces a su *causa*, una para lo múltiple.

La quietud a que me refiero es aprehendida como acontecida *en el ser*, no como puesta por alguna actividad del sujeto. El instante de coincidencia simultánea de las propiedades del oro, persiste cuanto tiempo un trozo de oro sigue permitiendo llamarlo oro.

Hay ocasiones, es verdad, en que un acto del sujeto inmoviliza y pone unidad en lo múltiple. Tal sucede, por ejemplo, si ante un chisporroteo caótico, cierro y abro los párpados y los vuelvo a cerrar. Lo visto en el breve lapso del parpadeo lo puedo retener en la memoria y grabarlo de tal forma que más adelante me sea posible evocarlo. Quieto está, pero por voluntad mía que resolví paralizarlo. Sería erróneo juzgar que la quietud de ese complejo de cualidades pertenece al ser. Pero el diamante de probeta "crea sobresaltos en el mercado de las joyas". Hasta podría no diferir del legítimo en nada. El niño de probeta no es menos hombre en su naturaleza que el otro.

6. La existencia de lo espurio parece probar que la substancia (natura) no existe, que no hay substancia real. Lo único que prueban esos hechos es que en la naturaleza puede existir engaño, máscaras, fraudes y hechos ilusorios, pero hay que añadir, de inmediato, que esas supuestas realidades existen parasitariamente. Se apoyan, para poder sostenerse en el ser, sobre lo contrario de ellas, o sea sobre lo *real*, lo no ilusorio, lo auténtico, lo no simulado, lo legítimo. No es fácil hacer comprender esto a quien sólo enfoca lo superficial de las cosas. Esa existencia parasitaria de que hablo, es común al juego, al ensueño nocturno, al mimetismo biológico y a muchas conductas patológicas y delictivas. Si todo ser vivo fuese parásito, no podría serlo ninguno. Es necesario que en algún punto la cadena se rompa, o sea que haya un ente que no necesite otro sobre el cual parasitar. Sueño, juego, mimetismo, apariencia empírica, delito, se desvanecerían y convertirían en nada si no existiesen sus contrarios: el no-sueño, el no-juego, el obrar honesto, el derecho.

³ Federico B. Kirbus, "El diamante de probeta", *La Nación*, Buenos Aires, 27 de agosto (1986), secc. 2a. p. 5.